

Acemoglu, Daron y Robinson, James A.; *EL PASILLO ESTRECHO, ESTADOS, SOCIEDADES Y CÓMO ALCANZAR LA LIBERTAD*, Deusto, 2019 (688 pp.), ISBN: 9788423430819

---

Jorge Bielsa Callau<sup>1</sup>

Universidad de Zaragoza

Corría el año 1972 cuando el presidente Nixon visitó China. En la cena oficial entre las dos delegaciones, alguien le preguntó al líder chino Zhou Enlai qué opinaba de la Revolución Francesa. Su lacónica respuesta lo dejó helado: "Es demasiado pronto para valorarla". Luego se supo que Enlai creyó que le preguntaban por los hechos de París de 1968, pero la anécdota estaba servida. ¿Por qué resultó tan graciosa esa respuesta? Pues porque resultaba algo exótico desde occidente que alguien pudiese estar extrayendo todavía conclusiones sobre algo que había pasado dos siglos atrás.

No era para menos, a fin de cuentas habíamos entrado en ese adanismo tecnológico en el que cualquier tiempo anterior fue... irrelevante. Triunfaban dos series en la televisión de aquella época. En la animación *Los Picapiedra*, una familia de clase media de una ciudad norteamericana cualquiera de los años sesenta, vestía harapos de pieles y se desplazaba en 'troncomóvil' en una edad de cartón-piedra. En la futurista *Star Trek*, un grupo de ciudadanos sanos y bien alimentados vivía sin problema en una nave interestelar desprovista de cualquier vestigio de Naturaleza o de problemas sociales. Todo había alcanzado su ergódico equilibrio tras milenios de estar gateando caminos y balbuceando propuestas. El ontológico desprecio al pasado tuvo su cénit en 1992 cuando un crecido Fukuyama publicaba precisamente, con gran éxito de ventas, *El fin de la Historia*.

Sirva esa introducción como telón de fondo sobre el que destacar esta apasionante reivindicación de la Historia y de su uso para entender la Política y la Economía Política que es *El pasillo estrecho*, de Acemoglu y Robinson (AR). Es mucho más que una segunda parte de *Por qué fracasan los países*. Es un intento - a mi juicio exitoso - de extraer leyes políticas universales y atemporales a partir del exhaustivo conocimiento y análisis de la Historia. Debe destacarse tanto el nombre de la disciplina que usan como base, la Historia, como la profundidad de las consecuencias políticas, económicas y sociales que se derivan de esta feliz mezcla.

---

<sup>1</sup> jbielsa@unizar.es

Es posible que sociólogos, politólogos, economistas de todo tipo y, previsiblemente, historiadores, tengan serias objeciones sobre la calidad de la materia prima empleada y, especialmente, sobre el acabado del producto final. No es extraño. Junto con el adanismo tecnológico, hemos sufrido los embates de una híper especialización que, como dice el adagio, ha acabado con mucha gente sabiendo todo de nada en la ciencia. Mucha sí, pero no toda. En los centros donde importa el saber, como aquel del que proceden los autores, saben ponderar y estimular la búsqueda del conocimiento relevante. Enfrente está el onanismo metodológico que tanta energía mental ha malgastado especialmente en las ciencias sociales.

Este es el núcleo del libro: la Historia nos muestra los resultados de un continuo experimento natural en la búsqueda (no explícitamente planeada) de una forma de convivencia y organización de la sociedad. Igual que un químico en su laboratorio, pero sin poder influir en las mezclas, AR observan las diferentes combinaciones de despotismo y poder popular que se han ensayado de forma espontánea a lo largo de la historia. De ese pormenorizado análisis, extraen un principio general muy claro. Este principio es que la correcta mezcla de un estado fuerte pero no omnipotente con una sociedad activa pero no anárquica, es la rara combinación que ha dado lugar a las sociedades más prósperas y libres a lo largo de todos los tiempos.

Presentan ese complejo equilibrio de una forma dinámica, y esto es esencial. Cada sociedad está en cada momento en una combinación concreta de dos dimensiones, el poder del estado y el poder que emana de los ciudadanos organizados y activos. A través de un sencillo diagrama de fases, explican cómo los mejores resultados de libertad y prosperidad se dan en una estrecha zona de ese plano en la que es difícil entrar y, desgraciadamente, relativamente fácil salir si no existen contrapesos que mantengan esa precisa combinación de poderes.

Ese formato de equilibrio de punto de silla explica por qué es fácil caer a ambos lados incluso en el caso de haber tenido la suerte de estar sentados en las proporciones adecuadas. Naturalmente, el caso de la república de Weimar cayendo en el nazismo es un ejemplo palmario de esa desafortunada evolución. También explica por qué los intentos de entrar en ese estrecho pasillo pueden malograrse si una de las dos fuerzas, la pujanza de la sociedad o más frecuentemente, la tiranía de las élites, se excede en sus pretensiones.

Este libro es en el fondo una explicación analítica de su exitoso Por qué fracasan los países. En última instancia, lo que AR explican aquí es la dinámica que está detrás de las élites extractivas que anulan el progreso en tantos momentos y en tantos territorios. El origen de las sociedades más exitosas lo sitúan en la combinación entre el fuerte y eficiente aparato administrativo del Imperio romano con las, a su juicio, potentes y no demasiado polarizadas sociedades de los pueblos del centro y norte de Europa. Esto supone retroceder varios siglos respecto a la tesis de que el origen de todo el progreso estriba en la Ilustración. Para que existiese esa Ilustración, aducen AR, hubo previamente que construir constituciones y comunidades con ciudadanos mínimamente libres. El embrión de esta feliz coincidencia lo sitúan en las ciudades estado del norte de Italia que dieron lugar al Renacimiento. Usa también esas ciudades para ilustrar cómo esa situación no debe darse por garantizada: esas mismas ciudades tenían gobiernos despóticos no más de dos siglos después. Habían abandonado el pasillo. Ni siquiera los Estados Unidos y su admirada Constitución inicial están exentos de problemas. El espacio que le dedican a esa evolución, a mi juicio algo excesivo, se dedica a analizar el tortuoso camino desde los padres fundadores hasta la polarizada y deslavazada sociedad actual.

Llegados a este punto, el lector atento puede pensar que los autores caen en el 'ombligismo' de pensar que solo de Occidente proceden las enseñanzas útiles de la Historia. Nada más lejos de la realidad. AR demuestran en este libro un conocimiento enciclopédico de la historia de China, de la India, de Africa y de la tortuosa evolución de Latinoamérica tras la colonización. Tampoco queda fuera del análisis el descomunal experimento social que supuso la revolución comunista en Rusia. En todos estos casos encontramos con más frecuencia experimentos fallidos (por errores o por impotencias) en los que ha sido

imposible entrar dentro del estrecho pasillo. En ocasiones, como es el caso de China, el Estado derivado de las enseñanzas de Confucio no ha permitido el desarrollo de una sociedad civil digna de tal nombre. En otras ocasiones, como en la India, una sociedad civil agarrotada por una estructura de castas ha impedido la formación de un Estado funcional. Por su parte, África ha oscilado entre la anarquía tribal, el despotismo colonial y los estados fallidos sin que haya experimentado realmente con proyectos nacionales realmente inclusivos.

Tampoco debería concluirse de lo anterior que AR se pliegan a un simplón determinismo cultural que impide cualquier cambio. Al contrario, el análisis dinámico explica precisamente que las sociedades han evolucionado, y mucho, a lo largo de los siglos. Sin embargo, no existe a su juicio nada predeterminado en la genética social o individual que garantice una determinada forma de organización social. Simplemente ocurre que es más estrecha la zona en la que conviven armoniosamente los dos poderes que aquella en la que uno de ellos prevalece.

Concluyo esta recensión volviendo al principio. La Historia puede verse, definitivamente, como un conjunto de ensayos más o menos organizados de organización social. Más allá del materialismo histórico, hay un buen número de enseñanzas y, por qué no decirlo, regularidades, que pueden extraerse si se analiza con detalle y método. Acemoglu y Robinson realizan en este libro un gran trabajo buscando esas reglas entre la maraña de datos cuantitativos y cualitativos que emanan de esa Historia.

Eso ya no es una novedad en estos tiempos que corren en los que no puede decirse que el optimismo tecnológico y el narcisismo occidental estén viviendo un buen momento. Sin embargo, la ambición temporal y espacial de los datos y hechos que manejan, hará de esta obra un libro de referencia. Para aquellos a los que les guste la Historia, la Política, la Economía o la Sociología, este libro sin duda aporta mucha más luz que sombras. No faltarán quienes piensen que los autores arriman el ascua de unos datos seleccionados a su sardina conceptual. El tiempo decantará el juicio sobre ese tema. Mientras tanto, creo que estamos ante una obra que todo amante de las ciencias sociales debería leer, al menos para tratar de descartarla. La sensación que queda después de leer esta cuidada obra es que lo van a tener difícil.